

Síntesis Mundial EDITORIAL



Estos 4 meses del gobierno de Donald Trump han albergado, como menos, algunos momentos de polémica internacional. Ya desde la campaña su estilo de liderazgo, sumado al contenido político, de sus propuestas han dejado a más de un analista sin palabras: temas como la inmigración, el comercio internacional o los esquemas de alianza internacionales causaron un fuerte impacto tanto en el escenario doméstico como en el mundo. Luego, al convertirse en Presidente, siguió fiel a su estilo en el tratamiento de temas altamente sensibles como la Guerra de Siria o la carrera de misiles con Corea del Norte.

En los últimos días un nuevo escándalo se ha desatado: el despido del Director del FBI, James Comey, en el marco de una investigación acerca del vínculo de la Federación Rusa con la campaña electoral de Donald Trump.

El punto inicial se genera en febrero, cuando el General Michael Flynn, ex asesor de la Casa Blanca en Seguridad, renuncia ante el descubrimiento de intercambios de información doméstica con Sergei Kislyak, Embajador ruso en Washington. Esta dimisión se efectuó en consonancia con una fuerte presión del Congreso y la opinión pública. Si bien fue negado por Flynn, dentro de la información delicada divulgada a la Embajada se encontraría la intervención rusa en las elecciones norteamericanas del pasado año. Informes de Inteligencia de los Estados Unidos en enero ya sacaban a la luz el apoyo que Vladimir Putin y el gobierno del Kremlin dieron a Donald Trump por medio de una campaña de desprestigio hacia su adversaria, Hillary Clinton.

Esto también se vincula al rol del pirata cibernético Guccifer 2.0, quien en 2016 logró desclasificar los correos personales de Hillary Clinton y facilitárselos a Putin. Esto fue uno de los principales ejes de ataque que Trump utilizó contra Clinton en el último tramo de la campaña, y uno de los posibles factores por los que el electorado se volcó a Trump y el Partido Republicano.

En este escenario, el FBI emprendió una investigación para profundizar estos informes, y tras una evidente sugerencia del Presidente Norteamericano para que Comey abandone dicha investigación, Donald Trump decidió cesar al ex Director de su cargo. Su sucesor, Robert Mueller, posee una larga carrera profesional en el FBI y se presenta como un eslabón independiente en esta investigación, lo que asegura la continuidad y objetividad de los resultados.

La presión del Congreso no tardó en resurgir, solicitando al FBI las grabaciones y memorandos que se dieran entre el Presidente y el ex Director, sumado al avance en la investigación del Russiagate. El presidente del Comité de Justicia, que vale aclarar es republicano, Chuck Grassley efectuó declaraciones públicas apoyando el trabajo de Comey e invitándolo a testificar al recinto.

Trump, por el otro lado, sostiene que se trata de una “cacería de brujas” por parte del establishment político que apoyo a Hillary Clinton y los medios de comunicación, que intentan tergiversar la información para denostar su liderazgo. Putin, apoyando a Trump, ofreció publicar la transcripción de la reunión en la Casa Blanca con Lavrov y Kislyak para disipar cualquier rumor inconsistente sobre este tema.

Si bien es cierto que la familia Trump tiene importantes negocios en Rusia desde la década del '80, por lo que han establecido una sólida agenda de contactos comerciales y financieros con el empresariado ruso, por el momento la única acusación sólida que

puede enfrentar es el hecho de haber obstaculizado un proceso judicial al remover a Comey de su cargo. Las revelaciones sobre Flynn pueden dañar fuertemente el perfil público de la administración Trump, ya que se trató de uno de los principales asesores en la campaña y el primer mes de gobierno, pero no necesariamente implican directamente a Trump con una injerencia rusa en los asuntos internos norteamericanos.

Al margen de la propia investigación, en parte restringida al público en general para evitar la contaminación de los alegatos, el escándalo mediático ha colocado a este caso como el primer punto de agenda doméstica en los Estados Unidos. La enemistad de Trump con los medios de comunicación ya es conocida desde la campaña electoral, y se acrecienta en acusaciones cruzadas y la instalación de la posibilidad de un proceso de impeachment, si es que se encuentran más pruebas en este caso.

El hecho de que sea Rusia el país implicado tampoco es un dato menor: con la memoria fresca de la Guerra Fría y los recientes choques de posición en cuanto al accionar en Siria, el hecho de que Vladimir Putin y el gobierno del Kremlin podrían haber intervenido en las elecciones norteamericanas cala profundamente los sentimientos nacionalistas norteamericanos.

Trump ha sido víctima de su estilo comunicativo duro y comienza a sentir las resistencias de estos sectores de poder, a los que él atacó a lo largo de su campaña. Por el momento, queda probar esta conexión en el marco de la investigación oficial, la cual tiene el apoyo institucional del Congreso y los sectores disidentes al Presidente. Pero el índice de aprobación ya se hace oír: según la medición de Gallup, en el momento en que Comey denuncia el vínculo, la imagen de Donald Trump cayó un 37%. Sumado al descontento social por el rechazo de Trump al Obamacare y sus resoluciones inmigratorias, este suceso pone en jaque la aceptación de la política del Presidente en la sociedad civil.

Los próximos meses serán trascendentales en dos vías: por un lado, el desarrollo de la causa puede (o no) comprometer a Trump si es que se ahonda en los alegatos o se encuentran más pruebas; pero por otro lado, también será importante analizar si el Presidente puede recomponer su imagen en la sociedad y el escenario internacional, y en que medida esta mancha constreñirá su política doméstica e internacional, sobre todo en la relación con la Federación Rusa.



María Belén Serra